

¡QUÉDATE, MR. MARSHALL!

*¿Cómo se puede saber lo que uno desea? ¡Está uno
trabajando la tierra durante 30 años, y resulta que en el
fondo lo que se quieren son... unos prismáticos!*

**(¡Bienvenido, Mister Marshall!,
Luis García Berlanga)**

*Al labrador triste le venden su arado,
y os labran de hierro un balcón sobrado.*

**(Memorial a su majestad el Rey Don Felipe IV,
Francisco de Quevedo)**

DRAMATIS PERSONAE

DON PABLO, alcalde (casi vitalicio) de Villar del Río, cincuenta y muchos años.

MANOLO, nieto de la Abuela María, fundadora de la empresa “El paracaídas”; como heredero, vendió su parte a los americanos. Edad, cuarenta y pocos.

DELEGADO del gobierno regional. Treinta y pocos, “con mucha proyección” en política.

FAUSTINO, primo de don Pablo, poco más joven que él; el “tonto” del pueblo.

MIGUELÓN, agricultor, del pueblo “de toda la vida”; cincuenta y muchos.

FEDERICO, tío de Manolo, el único hijo vivo de la Abuela María; muy próximo a los setenta.

INÉS, joven nacida en el pueblo pero que vive en la ciudad; supera mínimamente los treinta.

COSME, sindicalista; edad, unos cuarenta.

TOMATE (Carmen), artista de dudoso talento; está en la treintena, eso sí, muy bien llevada.

FAKE (Simon), director de cine, inglés; superados ya los treinta.

HIPÓLITO y ROSA, matrimonio, ambos entre los cuarenta y los cincuenta.

GASPAR y RIGOBERTA, matrimonio mexicano, llegaron al pueblo para trabajar en la fábrica; edad, entre cuarenta y cincuenta.

ACTO I

En cualquier pueblo de nuestra “España vaciada”, finales de los 90 o principios del milenio; vamos a denominarlo “Villar del Río”, en homenaje a la película de Berlanga “¡Bienvenido, Mr. Marshall!”.

Estamos en el “salón de plenos” del Ayuntamiento. Se trata de una habitación oscura, a la que han tratado de vestir con cierto aire suntuoso. Una mesa grande con varias sillas cómodas alrededor; destaca la del regidor por su estilo ostentoso, a modo de trono. En general, muebles antiguos, heredados de otras épocas: una percha, varios armarios archivadores... y (esto es importante) un buen número de cuadros con fotos de la película mencionada.

Vemos al alcalde, don Pablo, reunido con otros tres personajes. Son Manolo, empresario “de éxito” y oriundo del pueblo, el Delegado del Gobierno regional y Faustino, secretario del ayuntamiento y primo de don Pablo. Comienza hablando el empresario, de manera ampulosa.

MANOLO: Señores, es un honor que hayan respondido a mi invitación, aquí, en Villar del Río.

DON PABLO: Sinceremonias, Manolo, que nos conocemos desde siempre. Hablemos llano, que somos de pueblo.

MANOLO: Pero el señor Delegado...

DON PABLO: El señor Delegado es tan de pueblo como nosotros. Al pan, pan... y al vino, vino. (*A él*). ¿Verdad, señor Delegado?

DELEGADO: Por supuesto, que no se diga que los políticos somos de otra raza. Si hay que estar con la gente, se está.

MANOLO: ¡Exacto! (*Entrando en harina*). Y por eso nos hallamos aquí: para ofertar al pueblo, mi pueblo de toda la vida, un acuerdo ventajoso.

DON PABLO: Y yo, que represento a ese pueblo desde hace tres décadas, sé muy bien lo que le conviene. ¿Cuál es la propuesta?

DELEGADO: No hace falta que le diga la grave situación en que vivimos en nuestros pueblos: despoblación, falta de infraestructuras...

FAUSTINO: ¡Pero usted vive en la capital!

Todos se han quedado blancos ante la salida del secretario, que como veremos, es tan cándido como importuno.

DELEGADO: Ejem... (*Se percata de que Faustino está apuntando en una libreta. Con suspicacia*). ¡Un momento! Usted, ¿qué anota?

FAUSTINO: Soy el secretario, doy fe.

DON PABLO: (*Paternalista*). Primo, eso lo hace el notario. Hoy no se requiere. Límitate a escuchar y luego nos traes unos cafés.

FAUSTINO: (*Sumiso*). Vale.

DELEGADO: (*A Manolo*). Entonces, ¿puedo hablar en confianza?

MANOLO: Pierda cuidado.

DON PABLO: Bueno, si trae una oferta beneficiosa para el pueblo, no veo por qué hemos de llevar esta reunión en secreto.

MANOLO: En efecto, don Pablo, no hacemos nada ilegal. Muy al contrario, la propuesta que brindamos al pueblo será de dominio público.

DELEGADO: No obstante, ya conoce a la oposición, hay ciertos... pormenores que conviene hablar en privado antes de publicitar la noticia. No por nada en particular, es que luego se sacan las cosas de quicio y se hace una montaña de un grano de arena.

DON PABLO: *(Convencido)*. ¡Qué me va a contar! ¡Siempre la mala fe!

MANOLO: Pues eso. *(Invitándolo a hablar)*. Señor Delegado.

DELEGADO: *(Carraspea)*. Como decía, hay procesos inevitables: nuestros pueblos pierden peso. Sin embargo Villar del Río no, ¡no necesariamente!

DON PABLO: *(Interesado)*. Hable, hable, ¿qué tenemos de especial?

DELEGADO: ¿Acaso no lo ve? *(Señalando las numerosas fotos sobre el rodaje)*. Aquí se rodó un hito de nuestro cine, “¡Bienvenido, Mr. Marshall!”

DON PABLO: En efecto...

DELEGADO: Tengo entendido que la gente de entonces lo vivió como un gran acontecimiento. Se puede afirmar que, en cierto modo, la caravana del cine fue su tabla de salvación.

DON PABLO: Cierto.

DELEGADO: Primero, durante su estancia; después, algunos vecinos como Juan González y la señora María, abuelos ambos de nuestro querido don Manolo, *(el aludido baja la cabeza en señal de reconocimiento)* despertaron su espíritu emprendedor. ¡Qué le voy a contar! La famosa escena del paracaídas, que luego dio nombre a su empresa de bollos y madalenas.

MANOLO: *(Emocionado, recita el viejo slogan).* ¡Repostería “El paracaídas”, no comerá nada igual... en toda su vida!

DON PABLO: Sí, sí, recuerdo. Esa fábrica dio trabajo a medio pueblo, el otro medio cultivaba el trigo para elaborar sus productos.

DELEGADO: Y desde entonces Villar del Río es más conocido por las madalenas de la abuela María que por ser escenario de aquella mítica película. O al menos, a partes iguales.

DON PABLO: Eso está muy bien, pero, por desgracia, es agua pasada.

MANOLO: No tanto, don Pablo, no tanto. La nostalgia mueve los sueños de muchos.

DON PABLO: No entiendo.

MANOLO: Como sabes, mi madre Rita y mis dos tíos, Carlos y Federico, heredaron la empresa. Fue una época de expansión, con la entrada en Europa y todo eso. Comenzamos a fabricar macarrones, tallarines, cualquier cosa derivada de la harina. No bastaba el trigo del pueblo, así que hubo que importarlo.

FAUSTINO: *(Repentino).* ¡Me acuerdo! Fue el año en que mi padre tuvo que vender sus fincas. Le pagaban una miseria y...

DON PABLO: *(Cortándolo, incómodo).* Sí, sí, Faustino, pero, ¿qué sabrás tú? Tu padre me las vendió porque no supo modernizarse, como hicimos otros. *(A sus invitados).* Perdónenle, no entiende nada sobre la oferta y la demanda. *(Se fija y ve que sigue anotando en su libreta).* ¿Y ahora qué haces? ¿No has oído que los señores no desean secretario?

FAUSTINO: Estoy dibujando. *(Les enseña el papel y aparece un boceto de ellos tres charlando)*. ¿A que salen guapos? *(Los invitados no saben qué responder)*.

DELEGADO: *(Tose; al alcalde, en un susurro)*. Esto... ¿es imprescindible que él se halle presente... en esta reunión?

DON PABLO: No se preocupe, resulta inofensivo. Le prometo que no molestará más. *(A su primo)*. Está bien, puedes retratarnos, pero calladito, ¿eh? *(Faustino asiente)*.

MANOLO: ¿Por dónde íbamos?

DON PABLO: Su madre y sus tíos, que diversificaron el negocio.

MANOLO: ¡Ah, sí! Bueno, para ser justos, fue mi tío Carlos, que en paz descansa, el que se empeñó en crecer. Tenía fuertes discusiones sobre el tema con mi otro tío, Federico, al que le asustaba dar el salto. Tío Carlos me legó a su muerte su parte de la empresa, y heredé también el porcentaje de mi madre cuando ella falleció. Entonces llegaron los indios, los chinos, los americanos...

FAUSTINO: *(Cantando)*. ¡Americanos, os saludamos con alegría!

Los tres lo miran con una mezcla de compasión y desdén.

DON PABLO: Todo eso lo sé, Manolo. ¡Nos conocemos de siempre!

DELEGADO: Por supuesto, y tampoco se nos oculta que hace cuatro años vendió su parte, el 66% de las acciones, a la compañía “Food International”.

MANOLO: *(Respira)*. Y ahora... Ahora habrán oído rumores de que cierran nuestra planta, y se la llevan a otro sitio.

DON PABLO: Así es. Y, si te soy sincero, estamos nerviosos con el tema. Sé que tienen derecho, pero el cierre dejará al pueblo en una situación bastante comprometida.

DELEGADO: ¡Por eso estamos aquí!, para que la inevitable situación no resulte tan traumática. Para que el pueblo sepa adaptarse a lo venidero... con otro proyecto.

DON PABLO: ¿Otro proyecto? Cuénteme, ¡soy todo oídos! ¿Qué alternativa nos ofrecen?

MANOLO: *(Se yergue, orgulloso)*. ¡Una película!

DON PABLO: ¿Otra vez?

MANOLO: En efecto. Y si hay éxito, un parque temático.

DON PABLO: *(Confuso)*. A ver, a ver, explíquense.

MANOLO: Los americanos se van, es irrevocable...

FAUSTINO: *(De nuevo cantando)*. ¡Americanos, os despedimos con alegría!

Los tres vuelven a dedicarle otra mirada de reproche, esta vez con notable fastidio.

DON PABLO: Faustino, ¿por qué no vas a por esos cafés? Creo que es el momento.

FAUSTINO: Sí, sí... *(Recoge su libreta y se dispone a salir)*. ¿Los tres con leche?

DON PABLO: Como prefieras.

Mutis de Faustino.

MANOLO: Ufff. En confianza, don Pablo, ¡eres demasiado bueno con “el Papanatas”!

DON PABLO: ¡Es mi primo! Puede que un poco lelo, sí, ¡pero mi primo! Ya he dicho que obedece en todo y resulta inofensivo.

DELEGADO: Aun así, me siento más cómodo en su ausencia...

DON PABLO: Pero no hacemos nada ilegal... ¿O sí?

DELEGADO: (*Enfático*). ¡No, no, qué va! (*A Manolo*).
Prosigue.

MANOLO: Como digo, la marcha de los americanos es irrevocable. Sin embargo, he conseguido de ellos una inversión, la ayuda necesaria para que el pueblo disponga de “un plan b”.

DON PABLO: Ya, el parque temático. ¿Y de cuánto dinero hablamos?

MANOLO: El necesario, querido don Pablo, el necesario.

DELEGADO: No obstante, el gobierno regional está dispuesto a aportar su grano de arena en el asunto... si es que no hay reticencias municipales.

DON PABLO: ¿Por qué iba a haberlas? Necesitarán tierras para construir, ¡y más de la mitad me pertenecen! Además de las comunales, que como alcalde administro. Ustedes avalan un plan alternativo al cierre, y yo represento al pueblo.

MANOLO: ¡A todos no! ¡Bien sabemos que habrá oposición por parte de los obreros!

DON PABLO: Si te refieres a Cosme, el del sindicato, acabará entendiendo que no le queda otra opción. (*Pausa*). ¡Pero háblenme más de ese proyecto! ¿De qué va la película, quién la interpreta? ¿Tienen ideas para el parque temático?

DELEGADO: Sólo si hay éxito, no lo olvide, sólo si dan lo mejor de sí y contagian a todos con su entusiasmo.

DON PABLO: ¿Entusiasmo? ¡A eso no nos gana nadie!

MANOLO: Lo que el Delegado quiere decir es que la película versará sobre mi abuela María, y con ella pretendemos cantar las bondades de una vida rural, con su aire puro y su alimentación sana.

DON PABLO: De eso nos sobra.

DELEGADO: Para ello, el pueblo entero deberá tomar el aspecto de aquellos días. Vestirse como entonces, hablar como entonces, y ofrecer al mercado la experiencia nostálgica de un mundo que, por desgracia, está a punto de desvanecerse. Un mundo “de cine”.

DON PABLO: ¿Y cree usted...?

MANOLO: ¡Don Pablo, no tienes idea de lo que la gente de ciudad añora esas cosas! Te lo digo yo: cada vez que vengo al pueblo, cargo las pilas.

DELEGADO: Villar del Río será ese sitio idílico donde aún se vive como antes, ¡el paraíso perdido! (*Pausa, más serio*). ¡Pero deben colaborar, poner entusiasmo!

DON PABLO: (*Ya vencido en sus exiguas reticencias*). ¡Descuide! Además, pronto serán las elecciones. (*Orgulloso*). ¡Les ofreceré un futuro!

DELEGADO: (*Sonríe*). Veo que nos vamos entendiendo.

MANOLO: Se lo avisé, señor Delegado, don Pablo es un hombre inteligente. (*Más inquieto*). Me preocupa más mi tío.

DON PABLO: ¿Federico? Es un viejo cabezota y está anclado en el pasado. Nadie le hace caso.

MANOLO: Eso no es cierto. Además, me considera culpable de lo que está pasando porque vendí la mayoría de la empresa a los americanos. No pudo negarse con su 33%, tampoco ahora podrá evitar el cierre, de modo que cargará

contra todo lo que venga de mí, incluso contra esa película y su parque temático.

DELEGADO: La opinión pública es nuestra, somos el progreso. Él simplemente... quedará al margen.

MANOLO: *(No muy convencido)*. Eso espero.

DON PABLO: ¿Y la actriz?

MANOLO: ¿Cómo?

DON PABLO: Sí, la actriz. ¿Quién hará de tu abuela María? ¿Angelina Jolie?, ¿Scarlett Johansson?

MANOLO: *(Se le enciende la mirada)*. Oh, no, no. *(Suspira)*. He conocido a una joven exquisita, con una belleza y un talento naturales que... ¡En serio, un descubrimiento!

DELEGADO: Bueno, ya sabe lo que opino. Hubiera sido mejor contar con el aval de alguien famoso.

MANOLO: ¡Pero es que ella es un diamante en bruto! En cuanto la vi, supe que estaba hecha para el papel.

DON PABLO: ¿Cómo se llama?

MANOLO: *(Orgullosa)*. Su nombre artístico es... Carmen Tomate. *(Los otros dos no saben qué cara poner)*. ¿A que es maravillosa? Nada me gustaría más que encaramarla... *(Se queda ensimismado, con cara lasciva)* ¡Al éxito, por supuesto, al éxito!

DELEGADO: ¡Claro, claro!

DON PABLO: ¿Y el director?

MANOLO: Todavía no tengo un nombre, aunque estoy empeñado en una búsqueda exhaustiva. ¡Conseguiré al mejor, sin duda... cueste lo que cueste!

DELEGADO: Haga un esfuerzo, don Manolo, y consiga al más mediático. No puedo lograr el apoyo económico para esta empresa sin una garantía de éxito. Recuerde que gobernamos

con cierta holgura, pero la oposición se nos echaría al cuello si dedicásemos el dinero a asuntos... chapuceros. Y según me confesó, la multinacional pretende colaborar, aunque no de manera abundante.

MANOLO: *(Carraspea)*. Sí, sí, eso han prometido.

DELEGADO: Bueno, yo también se lo prometo. Aunque repito que hemos de cooperar todos con el máximo entusiasmo. *(A don Pablo)*. No faltará apoyo si logra que todo el pueblo se implique. *(Sentencioso)*. Villar del Río tiene ahora en sus manos... el éxito o el fracaso. *(Pausa)*. Ha sido un placer. *(Tiende la mano)*. Señor alcalde, don Manolo... ¡Manténgame informado! *(Intención de mutis)*.

MANOLO: Aguarde, yo le acompaño. Por aquí.

Salen los dos y dejan a don Pablo sentado en la mesa. En su cara comienza a esbozarse una sonrisa de satisfacción. Se levanta y comienza a mirar las múltiples fotos colgadas. Se detiene en una, saca un pañuelo; la descuelga y limpia una mancha en el cristal. Vuelve a colgarla y la observa todavía más orondo.

DON PABLO: ¡Villar del Río, de nuevo brillan los tiempos de provecho!

La escena así y emerge por la puerta un nuevo personaje. Se trata de Miguelón, agricultor y vecino del pueblo “desde siempre”; su hablar reproduce el tópico “pueblerino”.

MIGUELÓN: ¿Da su permiso?

DON PABLO: (*Afable*). ¡Adelante, Miguelón! ¿Qué te trae? ¿Algún problema con mis tierras?

MIGUELÓN: No, no, todo bien.

DON PABLO: Desde que te las puse en renta, las has sacado el máximo partido.

MIGUELÓN: Si no fuese por la miseria que pagan...

DON PABLO: Sí, malos tiempos. Ya te he recomendado, cultiva otras cosas; hay subvenciones...

MIGUELÓN: Cada vez menos, don Pablo, andan en mengua. Europa se caga sobre nosotros, y perdone la expresión. “Prefié” el campo de otros lugares, que sale más módico.

DON PABLO: Sí, ya. Todos echamos de menos otras épocas. (*Pausa*). Aunque seguro que no has venido por eso, ¿verdad?

MIGUELÓN: He oído que los americanos menean la fábrica.

DON PABLO: Eso parece. Sin embargo, te puedo asegurar que ya estoy trabajando en otro asunto que...

MIGUELÓN: (*Indiferente*). No, si a mí... Desde que murieron los hijos de la abuela María, el pueblo ha “cambio” mucho. Ya no sirve lo de antes, ¡y encima se nos ha “llenao” de extranjeros!

DON PABLO: Si te refieres a algunos trabajadores, tienes razón; opino como tú, no hacen nada por integrarse. Pero en fin, la globalización...

MIGUELÓN: ¿La “globa” qué? ¡Vamos, don Pablo, dejémonos de puñetas! Yo lo que quiero es mi partidica de mus, mi sol y sombra... Y como yo, los del pueblo “de toa la vida”.

DON PABLO: Que sí, que sí, Miguelón...

MIGUELÓN: ¿Que desmontan la fábrica? ¡Por mí que la acarreen al quinto cuerno! ¡Que nos dejen serenos los americanos, los chinos y la madre que los parió!

DON PABLO: Hombre, no seas radical. No todos los que vienen de fuera...

MIGUELÓN: ¡Todos sin excepción! ¿Qué demonios saben de nosotros si no viven aquí?

DON PABLO: Hay gente que se ha ido a la capital pero guarda sus raíces...

MIGUELÓN: ¡Déjese de raíces, don Pablo! (*Pausa*). Usté vive aquí, ¿qué va a hacer?

DON PABLO: ¿Qué voy a hacer sobre qué?

MIGUELÓN: Cuando cierren la fábrica.

DON PABLO: ¿Para eso has venido, para saber mi opinión?

MIGUELÓN: ¡Pues claro! Sabe que nunca le he “fallao”, pero me pone muy hosco lo que está por venir. No me gustan los cambios.

DON PABLO: Bueno, antes hablabas de “volver a lo de antes”. Precisamente, he ideado un plan para que nuestro pueblo vuelva a ser lo que solía.

MIGUELÓN: (*Esperanzado*). ¿De veras?

DON PABLO: Como lo oyes. No obstante, no es el momento de revelarlo.

MIGUELÓN: ¿Y cuándo?

DON PABLO: No te preocupes, confía en mí. Sigue trabajando mis tierras y yo me encargo de pensar en tu futuro.

MIGUELÓN: (*Feliz e impaciente*). Vale, vale, pero me deja “usté” en ascuas.

DON PABLO: *(Mientras le da palmadas en el hombro).*
Paciencia.

MIGUELÓN: *(Saliendo, satisfecho).* ¡A más ver! *(Mutis).*

DON PABLO: Adiós, Miguelón, adiós. *(Pausa. Sonríe).*
¡Entusiasmo, dice el Delegado! ¡No nos conoce! ¡En Villar del
Río somos la gente más animada! Sólo hay que motivarnos...
debidamente.

*En ese instante, aparece de nuevo Faustino, con tres cafés en
la mano.*

FAUSTINO: *(Se extraña de verlo solo).* ¿Y los otros
señores?

DON PABLO: Se fueron.

FAUSTINO: *(Natural).* ¡Pues qué mal educados! ¿Para
qué piden un café si no lo van a tomar? ¡Son ganas de no dar
palo al agua y de meter a otros en danza!

DON PABLO: No te sulfures, primo. Son gente de ciudad,
están... ocupados.

FAUSTINO: ¿Y ahora qué hago con los cafés?

DON PABLO: Pósalos en la mesa. Alguien los beberá.

FAUSTINO: *(Mientras los apoya).* ¿Y quién los paga?
Porque de momento he sido yo el que ha apoquinado.

DON PABLO: *(Sorprendido; a veces "el Papanatas" no
le parece tan tonto).* Bueno, bueno, deja eso, ya veremos quién
se hace cargo de las costas. *(A él, serio).* Oye, de la reunión ni
"mú", ¿eh? ¿Qué has hecho con el dibujo?

FAUSTINO: Se lo enseñé a Federico en el bar. ¡Le gustó
mucho!

DON PABLO: *(Alarmado)*. ¿A Federico? ¿Pero estás “atontao” o qué te pasa? ¡Justo al menos indicado!

FAUSTINO: *(Inocente)*. ¿Por qué? El Delegado te respondió que no estábamos haciendo nada malo. ¿O sí?

DON PABLO: ¡No, no, en absoluto! Es sólo que... En fin, ya sabes cómo es el tío Federico, siempre buscándole tres pies al gato... *(La cara de su interlocutor no refleja ninguna aprobación, se encoge de hombros. Desistiendo)*. ¡Tú qué vas a saber! ¡Ay, Dios, eso me pasa por ser tan bueno contigo!

FAUSTINO: Entonces, ¿he hecho mal o no?

DON PABLO: ¡Olvídalo, Faustino! Veremos lo que tarda en venir y llamar a esa puerta. *(Justo suena la puerta de entrada)*. ¿No te dije? ¡Ya está aquí! *(Tose con cierto nerviosismo)*. ¡A... adelante! *(Acceden a la sala la joven Inés junto con una pareja de mediana edad; se trata de Hipólito y Rosa, pequeños propietarios del pueblo, “cristianos viejos” de Villar. Don Pablo se relaja lo justo cuando distingue a Inés, aunque su visita también lo fastidia. En cuanto a Faustino, se sentará a dibujar en su libreta, aparentemente absorto)*. ¡Ah, eres tú! ¿Qué ocurre esta vez?

INÉS: No a mí. Por suerte, tengo mi trabajo en la ciudad.

DON PABLO: Pues para no ser de aquí, ¿cómo te gusta inmiscuirte en nuestras cosas!

INÉS: *(Sensible a esa cantinela)*. ¿Que no soy de aquí? ¿Tengo que recordar a cada paso quiénes eran mis padres? ¡Mi abuelo Rafael también participó en aquella dichosa película!

DON PABLO: ¡Pero te fuiste! Y ahora vives en la capital.

INÉS: ¡Vengo cada fin de semana! Además, mi éxodo fue una decisión motivada por el trabajo. Circunstancia que no tendría por qué repetirse si Manolo no hubiese vendido nuestra empresa, por pura comodidad, a los americanos.

DON PABLO: ¿Nuestra? ¡Bien se nota que pasas las horas con Federico!, ¡te expresas como él! Si no le hicieses tanto caso, comprenderías que el negocio familiar ya no era viable. Los grandes mercados...

INÉS: (*Lo interrumpe*). Vamos, señor mío, no me venga con monsergas. He estudiado empresariales, conozco mejor que usted toda esa palabrería. Y también la diferencia entre ser competitivo y resultar rentable. ¡La abuela María montó su fábrica para salvar al pueblo, no para ganar a los chinos!

DON PABLO: Bueno, ¿y qué deseas?

HIPÓLITO: Nosotros le pedimos que nos acompañase, señor don Pablo. Tanto mi mujer como yo trabajamos en “El paracaídas”, y estamos muy preocupados por el anuncio del cierre.

DON PABLO: (*Más suave*). Sí, sí, me hago cargo...

ROSA: Somos vecinos de Villar y nos hemos mantenido, ¡nos gusta vivir aquí! Pero ahora nos sentimos indefensos. Vendimos nuestras tierras para trabajar en la fábrica... y ahora la fábrica nos abandona.

DON PABLO: Ya, ya...

HIPÓLITO: ¿Qué sabe usted del asunto, son ciertos los rumores?

DON PABLO: Parece que sí.

ROSA: (*Con angustia*). Entonces nuestro pueblo, como antes otros,... está sentenciado. Al menos para nuestros hijos.

DON PABLO: No, no. (*En bajo*). Esto es una primicia, pero he obtenido la promesa desde altas instancias de que no piensan dejarnos en la estacada.

INÉS: (*Incrédula*). ¿En serio?

DON PABLO: (*A ella, en tono de reproche*). No esperaba que tú me creyeras. (*A ellos, con entusiasmo*). Sin embargo es así. Como alcalde vuestro que soy, ya estoy trabajando en la búsqueda de opciones.

ROSA: (*Más ilusionada*). ¿Debemos entender, entonces, que la empresa y las instituciones se comprometen a darnos una alternativa?

DON PABLO: Al parecer el traslado de la planta resulta inevitable, no obstante, como político, (*enfático*) mi deber es velar por un futuro común.

INÉS: (*Aplauda con sarcasmo*). ¡Muy bonito! Mejor estaría si en vez de palabras, nos contara en qué consiste ese plan... ¡con hechos!

DON PABLO: ¿Y a ti qué más te da? ¿O vas a volver a empadronarte?

INÉS: (*Molesta*). Otros poseen menos raíces que yo, y cuando vienen, ¡pum!, alfombra roja.

DON PABLO: No te refieres a don Manolo, ¿verdad? ¡Él es el nieto de la abuela María!

INÉS: (*Orgullosa*). ¡Y yo del abuelo Rafael!

En ese preciso instante entra Manolo, que ha escuchado las últimas frases.

MANOLO: (*En tono conciliador*). ¡Señor don Pablo! ¡Señorita... Inés! (*Carraspea*). No haga caso de nuestro alcalde. No vamos a discutir ahora hasta dónde llegan nuestras raíces. Todos somos del pueblo, y punto.

DON PABLO: ¡Manolo! Yo sólo...

MANOLO: Sí, ya lo sé. Pero ha de quedar claro que todos, y yo más que nadie, anhelamos lo mejor para Villar.

INÉS: ¿Como cuando vendiste a los americanos?

FAUSTINO: *(Cantando)*. ¡Americanos, os despedimos con alegría!

MANOLO: *(Echa una mirada que derrite al “Patanatas” y luego intenta calmarse frente a Inés)*. Señorita, he de corregirla. Dice “nuestra” cuando esa empresa la fundó mi abuela.

INÉS: ¡Y sin embargo fue el trigo y el trabajo de todo el pueblo lo que la hizo prosperar! ¡Los vecinos la amaban porque sabían de su compromiso con ellos, que no les iba a fallar! ¿Puedes decir lo mismo?

DON PABLO: ¡Un respeto a don Manolo!

MANOLO: No importa. *(Pausa. Opta por un tono afectado)*. Señorita Inés, soy un hombre de futuro, no me interesa el pasado. El señor Hipólito y la señora Rosa necesitan palabras de aliento, *(a ellos)* y yo les garantizo que haré lo que esté en mi mano por el porvenir de este amado pueblo, que es el mío. No podía suponer, hace cuatro años, que los americanos planeaban marcharse.

FAUSTINO: *(Cantando)*. ¡Americanos,...!

DON PABLO: ¡Cállate!

MANOLO: *(Continúa su grandilocuencia exculpatoria. Postureo de exagerado de aflicción, que sorprende hasta al alcalde)*. Oh, si tuviese una máquina del tiempo... No se imagina cuánto lamento, a la vista de los hechos, aquella errónea decisión. Pero ya nada puede hacerse, ¡nada! *(Pausa)*. Tan sólo hablar del mañana. ¡El mañana, sí, porque existe una solución!

INÉS: ¿Ah, sí?, ¿cuál?

MANOLO: *(Sin oír).* ¡Cuánto echamos de menos el calor de aquellos hogares, las manos dulces de mi abuela mientras amasaba lo que luego se convertiría en sus exquisitas madalenas!

INÉS: *(Aparte, irónica).* Y eso que es un hombre de futuro, que no le interesaba el pasado...

MANOLO: *(Igual de teatral y enfático).* ¡Cuánta nostalgia me invade al pensar en aquellos días en que todo el mundo se quería, en que todo el mundo se ayudaba... y en que todo el mundo llevaba una vida más sana y más natural!

INÉS: Puede ser, aunque ninguno lo vivimos.

MANOLO: *(Ídem, a lo suyo. Cercano al esperpento).* ¡La memoria nos salvará, queridos paisanos! ¡Convertiremos Villar del Río en el lugar idílico de una vida auténticamente rural!, ¡en ese paraíso, todavía salvable, que tantos anhelan!

INÉS: ¿Pero con quién hablas?, ¿puedes ser más concreto?

HIPÓLITO: *(Impaciente).* ¡Deja que termine, Inés! *(A él).* ¿Habrà trabajo para todos?

MANOLO: *(Casi en delirio).* ¡Yo os garantizo que el cielo volverà a ser azul, que las golondrinas regresaràn a los aleros y los jilgueros cantaràn en la era, que las cigüeñas...!

Aparece Federico, hombre de más de 60 y con la cabeza bien amueblada. Prosigue el discurso de su sobrino.

FEDERICO: ¡Que las cigüeñas llenarán de caca vuestros tejados! *(Todos se sorprenden ante su aparición... y ante su exabrupto).*

DON PABLO: ¡Vaya, faltaba el aguafiestas!

FEDERICO: Lo siento, es que eran demasiados pájaros...